

Actividad 5: ejercicio (feminista) de estilo
TAREA para el martes 13 de marzo

- Transforma este cuento de Ángeles Mastretta (el penúltimo, sin título, de su libro *Mujeres de ojos grandes*, disponible íntegramente aquí:
<https://vivelatinoamerica.files.wordpress.com/2014/08/angeles-mastretta-mujeres-de-ojos-grandes.pdf>) en primera persona, adoptando la perspectiva de Tía Jose Rivadeneira.
 - Una madre desesperada teme por la vida de su bebé, en un contexto patriarcal en el cual el punto de vista femenino es considerado “insensato” o “falto de cordura”, cuando no es simplemente ignorado.
 - Pon título a tu cuento. También puedes cambiar cualquier otro elemento (por ejemplo: puedes inventar nuevos personajes o situaciones), pero no es obligatorio.
 - Lo más importante: la historia original debe ser reconocible.
- Trae una copia de tu texto a la clase del martes 13 o envíamela por correo-e el lunes 12 a más tardar.
- Documentación suplementaria:
 - Chiara Atzori. “La perspectiva femenina en la obra *Mujeres de ojos grandes*, de Ángeles Mastretta”: *Ogigia: Revista electrónica de estudios hispánicos* 10, 2011, pp. 39-45:
<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3824593.pdf>
 - Josefá Buendía Gómez. Reseña de *Mujeres de ojos grandes*. *Diálogos latinoamericanos* 9, 2004, pp. 130-131: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=16200909>

Tía Jose Rivadeneira tuvo una hija con los ojos grandes como dos lunas, como un deseo. Apenas colocada en su abrazo, todavía húmeda y vacilante, la niña mostró los ojos y algo en las alas de sus labios que parecía pregunta.

–¿Qué quieres saber? –le dijo la tía Jose jugando a que entendía ese gesto.

5 Como todas las madres, tía Jose pensó que no había en la historia del mundo una criatura tan hermosa como la suya. La deslumbraban el color de su piel, el tamaño de sus pestañas y la placidez con que dormía. Temblaba de orgullo imaginando lo que haría con la sangre y las quimeras que latían en su cuerpo.

10 Se dedicó a contemplarla con altivez y regocijo durante más de tres semanas. Entonces la inexpugnable vida hizo caer sobre la niña una enfermedad que en cinco horas convirtió su extraordinaria viveza en un sueño extenuado y remoto que parecía llevársela de regreso a la muerte.

15 Cuando todos sus talentos curativos no lograron mejoría alguna, tía Jose, pálida de terror, la cargó hasta el hospital. Ahí se la quitaron de los brazos y una docena de médicos y enfermeras empezaron a moverse agitados y confundidos en torno a la niña. Tía Jose la vio irse tras una puerta que le prohibía la entrada y se dejó caer al suelo incapaz de cargar consigo misma y con aquel dolor como un acantilado.

Ahí la encontró su marido, que era un hombre sensato y prudente como los hombres acostumbran fingir que son. La ayudó a levantarse y la regañó por su falta de cordura y esperanza. Su marido confiaba en la ciencia médica y hablaba de ella como otros hablan de Dios. Por eso lo turbaba la insensatez en que se había colocado su mujer, incapaz de hacer otra cosa que llorar y maldecir al destino.

20 Aislaron a la niña en una sala de terapia intensiva. Un lugar blanco y limpio al que las madres sólo podían entrar media hora diaria. Entonces se llenaba de oraciones y ruegos. Todas las mujeres persignaban el rostro de sus hijos, les recorrían el cuerpo con estampas y agua bendita, pedían a todo Dios que los dejara vivos. La tía Jose no conseguía sino llegar junto a la cuna donde su hija apenas respiraba para pedirle: “no te mueras”. Después lloraba y lloraba sin secarse los ojos ni moverse hasta
25 que las enfermeras le avisaban que debía salir.

Entonces volvía a sentarse en las bancas cercanas a la puerta, con la cabeza sobre las piernas, sin hambre y sin voz, rencorosa y arisca, ferviente y desesperada. ¿Qué podía hacer? ¿Por qué tenía que vivir su hija? ¿Qué sería bueno ofrecerle a su cuerpo pequeño lleno de agujas y sondas para que le interesara quedarse en este mundo? ¿Qué podría decirle para convencerla de que valía la pena hacer el esfuerzo en
30 vez de morirse?

Una mañana, sin saber la causa, iluminada sólo por los fantasmas de su corazón, se le acercó a la niña y empezó a contarle las historias de sus antepasadas. Quiénes habían sido, qué mujeres tejieron sus vidas con qué hombres antes de que la boca y el ombligo de su hija se anudaran a ella. De qué estaban hechas, cuántos trabajos habían pasado, qué penas y jolgorios traía ella como herencia. Quiénes sembraron con
35 intrepidez y fantasías la vida que le tocaba prolongar.

Durante muchos días recordó, imaginó, inventó. Cada minuto de cada hora disponible habló sin tregua en el oído de su hija. Por fin, al atardecer de un jueves, mientras contaba implacable alguna historia, su hija abrió los ojos y la miró ávida y desafiante, como sería el resto de su larga existencia.

40 El marido de tía Jose dio las gracias a los médicos, los médicos dieron gracias a los adelantos de su ciencia, la tía abrazó a su niña y salió del hospital sin decir una palabra. Sólo ella sabía a quiénes agradecer la vida de su hija. Sólo ella supo siempre que ninguna ciencia fue capaz de mover tanto, como la escondida en los ásperos y sutiles hallazgos de otras mujeres con los ojos grandes.